

## INSTRUCCION

SOBRE

## LA ORACION

*NOBIS QUOQUE PECCATORIBUS.*

DANIEL CAP. IX.  
VERS. 18.

*Postrados presentamos nuestros ruegos delante de ti, no por justicia que haya en nosotros, sino por tus muchas misericordias.*

Así se explica Daniel en un tiempo de aflicción: á saber, en el cautiverio de Babilonia. Una desgraciada ex-

*Nobis quoque peccatoribus.* 187

periencia habia enseñado al Pueblo Judío que nunca se insulta impunemente la Sabiduría y la justicia del Señor, el qual hace consistir su gloria, así en manifestar el rigor de sus venganzas contra los impenitentes, y en hacer patente la inmensidad de sus misericordias para los que reconocen su poder, y adoran su sabiduría, sometiéndose á sus altos decretos. Por esta causa decia el Profeta Daniel, en nombre de todo el Pueblo: *postrados presentamos nuestros ruegos delante de ti, no por justicia que haya en nosotros, sino por tus muchas misericordias.* ¿Y acaso la Iglesia tiene otro fin en la oracion que nos proponemos explicar? ¿No hace consistir tambien el fruto del Sacrificio en la confesion misma de nuestros pecados? ¿No nos dice que para que esta confesion sea saludable, es preciso que un dolor vivo nos aleje del camino de perdicion, y que para que nuestra alma sea lavada en la sangre del Cordero, es necesario que una sincera penitencia nos conduzca á una vida nueva? Ella reconoce con el Profeta, que nuestros propios méritos no contribuyen de modo alguno al efecto

de nuestras oraciones, y que nuestros pecados, por mas vergonzosos que sean en su principio, una vez expiados por Jesu-Cristo, contribuyen con mas eficacia á merecernos la compasion de nuestro Dios, que tantas falsas virtudes que son el fruta ó el alimento de nuestro orgullo.

*Somos pecadores.* La Iglesia no quiere que perdamos jamas de vista este desgraciado título que ha nacido con nosotros, y que nuestra flaqueza ha sabido mantener durante nuestra vida. Esta es la razon porque se habla de nuestros pecados en todas las oraciones de la Liturgia, ya para inspirarnos la contricion, y ya para merecernos la misericordia; y este último efecto es el que se propone en la oracion de que tratamos, por lo qual es una de las mas interesantes.

Consideremos primeramente las ceremonias que la acompañan para comprehender todo el sentido que contiene. El Sacerdote levanta la voz al pronunciar las primeras palabras, y en esto nos da una idea de que el grito de la iniquidad sube con frecuencia hasta el trono de la Divina Justicia para insultar

su Magestad suprema, y despertar sus venganzas. En efecto, ¿no ha penetrado mas de una vez la voz de nuestros pecados hasta el corazon de Dios? ¿No temeremos que si no dexamos de provocar su venganza, no haya ni perdon ni misericordia para nosotros? ¿Los pecados de Sodoma y de Gomorra no llegaron al cielo, y un fuego vengador consumió estas dos ciudades exêcrables? Todo Israel entregado á la idolatría, y al desprecio del Señor, ¿no se burlaba en algun modo de su espada terrible y vengadora, y los suspiros de los justos, y las súplicas de los Profetas, fueron ineficaces para contener las guerras, las hambres y los cautiverios que cayeron sobre esta nacion? En los últimos tiempos en que este Pueblo delinquente conservaba todavía una forma de República, el arentado cometido contra el Mesías, con el qual llenaron la medida de sus sacrilegios; no excitó la Justicia Divina en términos que la Ciudad Santa vino á reducirse á cenizas, y los hijos de la promesa fueron arrojados de sus hogares, y dispersos, siendo el oprobrio de toda la tierra? Al cabo de diez siglos de reprobacion; han

podido los ruegos constantes y fervorosos de la Iglesia agotar el cáliz del furor?

Temamos nosotros mismos que nuestros frecuentes pecados levanten el grito contra nosotros, y así levante mos la voz de nuestro corazon para confesar que somos pecadores. El Sacerdote se da un golpe de pechos, porque se aplica á sí mismo la confesion que hace en nombre del pueblo: él es pecador, y debe reconocerlo así, no solo porque es hombre, sino porque lleva en su corazon el germen del pecado: de manera que á pesar de su justicia, y de su exáctitud jamas sube al altar sin haber experimentado alguna herida peligrosa: ¡felices á lo ménos si han procurado confesar, detestar y expiar sus culpas! Vosotros, hermanos míos, hiriendo al mismo tiempo vuestro pecho, traed á la memoria vuestros pecados personales, con el sentimiento de dolor que experimentáron al pie de la cruz los testigos de este saludable Sacrificio. Somos pecadores, decia el buen ladrón, y padecemos con justicia: somos pecadores, se decian unos á otros todos los que penetrados de este

espectáculo doloroso se convertian hiriéndose el pecho. Este suceso hizo sin duda sobre muchos la impresion mas saludable; pero tambien otros olvidaron á breve tiempo este acontecimiento triste, y la impresion que habia hecho sobre su corazon: imágen de la mayor parte de los Cristianos, que muy rara vez llevan al Sacrificio el espíritu de fé que da la inteligencia del misterio, y mucho ménos el espíritu de compuncion que convierte y muda los corazones.

El Sacerdote reclama en toda esta oracion la misericordia de Dios, y esta es la conseqüencia mas natural que puede deducirse, supuesto que hace la confesion de sus pecados en nombre de los asistentes: es decir, que funda en alguna manera, como el Profeta, la indulgencia del Señor sobre la muchedumbre de sus culpas mismas. Me perdonareis, decia este Profeta, mis pecados por vuestro nombre, y porque ellos son en grande número; pero es posible que la muchedumbre de los pecados sea un motivo tan poderoso para alcanzar la misericordia? ¿Es posible que los mayores pecadores tengan mas motivos de confianza? ¿En dónde

está pues la justicia del Señor? ¿en dónde esa equidad que debe proporcionar el castigo al delito, y pedir mucho al que haya recibido mucho, y preparar diferentes penas para sus enemigos en el lugar de su furor, como prepara para sus escogidos diferentes recompensas, segun los diferentes grados de sus méritos? Esta dificultad nos la resuelve la fé, atribuyendo á Dios una paciencia invencible, una misericordia infinita, una voluntad siempre dispuesta á perdonar, y á dexarse vencer por los ruegos de los pecadores, y de tal manera que cifra su gloria en que sobreabunde la justicia donde ántes abundaba la iniquidad. Si solo confesásemos los pecados con la boca sin dar parte alguna al corazon, insultariamos al Señor, y encenderiamos su ira; pero quando los detestamos, y solicitamos el perdon, quando nos tratamos con severidad para expiarlos, honramos al mismo tiempo su santidad, servimos á su justicia, é interesamos su misericordia. Todo esto lo hace la Iglesia por medio de esta oracion, y para dar mas peso á estas súplicas, añade una nueva invocacion de los Santos, á la que hizo en una de

las oraciones que preceden inmediatamente á la consagracion, que ya hemos explicado; pero los autores que han escrito sobre esta materia hacen una grande diferencia entre estas dos memorias. En la primera nos enseña la Iglesia á ofrecer el Sacrificio en union con los Santos, y en ésta nos convida á ser dignos de participar de su gloria. En la una ha hecho mencion de los Apóstoles, y de los que despues de ellos han defendido la religion con sus martirios, y en la otra designa los que la han honrado con sus virtudes en diferentes órdenes y gerarquías. San Juan se presenta en ella á la frente de los Profetas; San Esteban como el primero de los Diáconos; San Mathías nos representa todos los Apóstoles; San Bernabé á todos los Discípulos; San Ignacio á todos los Obispos; San Alexandro á todos los sucesores de San Pedro; San Marcelino á todos los Sacerdotes; San Pedro el Exòrcista á todos los Levitas: Santa Perpetua y Santa Felicidad á todas las santas mugeres; y en fin, las Vírgenes se nos representan en las cinco illustres Mártires Agueda, Lucía, Ines, Cecilia y Anas-

tasia. Meditemos ahora las oraciones que dirige la Iglesia á Dios por Jesu-Cristo en esta circunstancia de la Misa: Ya ha pedido que todos los difuntos gocen de la luz y de la paz en el lugar del descanso, y aquí solicita por sus hijos que aunque pecadores lleven consigo este caracter de hijos y de siervos de Dios: este mismo descanso despues de los trabajos de esta vida: esta misma luz despues de la obscuridad de la fé: esta misma paz despues de los combates de la carne contra el espíritu, y de los hijos de las tinieblas contra los hijos de la luz, y esta súplica se funda en la muchedumbre de las misericordias del Señor. Esta idea de la misericordia es muy necesaria, sobre todo despues de la confesion que acabamos de hacer de nuestros pecados; y así la Iglesia pide por todos los Cristianos en general una parte en la gloria de todos estos órdenes diferentes de Santos de que ha hecho mencion particular. Entónces confirma aquel dicho del Evangelio: á saber, que hay muchos Tabernáculos en la casa del Padre de Familia, como tambien esta máxima del Apóstol San Pablo: cada

uno tiene su medida, su gracia y su don. En efecto, todos no son Apóstoles, Profetas, ni Evangelistas: uno se santifica por el exercicio de una virtud, otro por la práctica de ciertas buenas obras, y la reunion de todos estos dones es lo que hace la variedad admirable que hermosea la Esposa de Jesu-Cristo. El conjunto de las virtudes, de las buenas obras, y de los exercicios que alimentan la piedad, ofrecen á nuestra vista un espectáculo muy tierno y sensible; pero este espectáculo nos admirará todavía mas quando admitidos á la participacion de la gloria de los Santos en la celestial Jerusalén, veamos concentrados en Jesu-Cristo todos los méritos de ellos, y derramados sobre todos sus miembros: quando veamos su ciencia inspirada á los Profetas: su zelo comunicado á los Apóstoles; su caridad á los Mártires; su santidad á los Pontífices; su humildad á los Diáconos; su uncion á los Sacerdotes; su fidelidad á todos los discípulos del Evangelio; su docilidad á los Levitas; su recogimiento á las santas mugeres, y su pureza á las Vírgenes. Entónces exclamaremos con

el Profeta, diciendo: Dios mio, qué grande y qué inefable es la gloria que comunicas á tus amigos: entónces veremos, segun el mismo Profeta, la luz en el que es principio de toda luz.

Pero todavía hay otra consideracion muy instructiva que podemos deducir de esta invocacion de los Santos, y es, que aunque cada una parece que no tiene derecho á otra gloria que á aquella que conviene á la clase en que Dios le ha puesto en su Iglesia, es posible sin embargo participar de estas diferentes felicidades en el cielo, participando de estas diferentes virtudes en la tierra. Esta consideracion será, hermanos míos, la materia de la Instrucción siguiente, como la mas propia para encender mas y mas nuestros deseos por la eternidad. Así sea.

## SEGUNDA INSTRUCCION

SOBRE

## LA MISMA ORACION.

EPISTOLA SEGUNDA

DE SAN PEDRO,  
cap. i. v. 10.

*Sed muy solícitos para hacer cierta vuestra vocacion, y eleccion por las buenas obras.*

Las palabras que acabamos de citar contienen un consejo importantísimo que daba el Príncipe de los Apóstoles á unos Cristianos que al acabar de instruirse en los dogmas de la fé, tenían ya necesidad de fortalecerse en los principios que esta fé les enseñaba.

La práctica de las buenas obras, les de-  
cia, será la señal y la prenda de vuestra  
vocacion: no sereis, no, verdaderamente  
de Jesu-Cristo por la fé, sino en tanto  
que le honreis con vuestras costumbres:  
esta fé tan rica en promesas será para  
vosotros del todo esteril, si desobede-  
ciendo las reglas que prescribe no pro-  
curais adquirir un derecho cierto á las  
recompensas. Apliquemos estas palabras  
á la oracion que hemos empezado á ex-  
plicar, y os ruego encarecidamente que  
las mediteis conmigo.

La Iglesia, despues de habernos  
inspirado la humildad, la confianza y  
el deseo del cielo, nos presenta los me-  
dios mas convenientes para formar es-  
te deseo y estas virtudes, haciendo  
memoria de aquellos amigos de Dios,  
mas zelosos en la práctica de las bu-  
enas obras, y mas penetrados de la feli-  
cidad eterna; y con el fin de animar  
á los fieles de todos los estados, hace  
mencion especial de un Santo de cada  
clase, para que cada uno pueda encon-  
trar un intercesor, y un modelo. Va-  
mos á probar que cada Cristiano pue-  
de aplicarse en particular esta oracion  
en todo su sentido, y proponerse las

virtudes de los Santos que se han desig-  
nado en ella.

¡Qué contraste tan prodigioso nos  
presentan desde luego las primeras pa-  
labras de esta oracion! La Iglesia va á  
hacer memoria de los mas distinguidos  
entre los amigos de Dios, de las almas  
que han edificado la Iglesia con virtu-  
des las mas sólidas, con la santidad mas  
eminente, y con el mas ardiente zelo  
por Jesu-Cristo, y empieza inspirán-  
donos la confesion de nuestros pecca-  
dos; pero acordémonos que esta con-  
fesion ha sido la de todos los Santos:  
que todos han sido concebidos en el pe-  
cado: que han estado todos sujetos á  
experimentar la debilidad propia de la  
naturaleza: que muchos han pasado los  
primeros años de su vida entre los des-  
órdenes mas vergonzosos; y que la  
memoria de sus miserias ha sido el mo-  
tivo mas poderoso de sus adelantamien-  
tos y de su perseverancia en la virtud.  
Acordémonos que el Sacrificio que pre-  
senciamos ha sido para ellos como para  
nosotros el principio de su reconcilia-  
cion con Dios, y el fundamento de su  
fidelidad, y que en el seno de la glo-  
ria donde están libres de toda mancha,

la qualidad misma de pecadores que tomamos para invocarlos les trae á la memoria la conmiseracion y la indulgencia que han reclamado con tan buen suceso. Así mientras que decimos á Dios: *Señor, esperamos en la muchedumbre de tus misericordias*: ellos gritan por nosotros, diciendo: perdonad, Señor, perdonad, no entregueis vuestra heredad á el oprobrio: obrad sobre vuestro Pueblo esos prodigios de misericordia que nos han salvado á nosotros. Mientras que pedimos al Señor que nos dé alguna parte y compañía con los Santos, ellos piden que se llene la sala del festin, ellos solicitan la consumacion del reyno de Jesu-Cristo, y estan en una santa impaciencia hasta que distribuya Dios las coronas y las recompensas. Vamos pues, hermanos míos, con ellos; pero con aquella solicitud, dice San Bernardo, que debe inspirarnos la fé: los Santos nos llaman, y no los escuchamos; nos invitan, y no les respondemos; nos preceden y no les seguimos; nos han dado el exemplo, y no los imitamos. Por tanto estudiemos los medios de sacar utilidad de esta Comunión de los Santos, de que la Igle-

sia hace uso en una oracion tan interesante para nosotros.

En esta oracion pedimos á Dios que nos dé parte en la gloria de todos los Santos; pero en particular en la de los Santos Apóstoles y Mártires: á saber, en la de San Juan, Precursor de Jesu-Cristo, el mayor entre los hombres, el mas penitente de los Israelitas, el mas Santo de los Profetas, y el mas valeroso de los Mártires; ¿pero podremos lisonjearnos de tener una parte con este grande Santo, si no llevamos una vida de penitencia y de retiro, si no hacemos conocer á Jesu-Cristo con las obras, y no resistimos á la carne y á la sangre quando se levantan contra el espíritu del Evangelio?

Pretendemos ser asociados á San Esteban, á este hombre lleno de sabiduría, y colmado de las gracias del Espíritu Santo, que mereció por la pureza de sus costumbres, por su fervor y su zelo infatigable, ser escogido entre todos los discípulos, para administrar los bienes que la caridad ponía en sus manos: á este hombre, que por virtud de su fé manifestó la mayor intrepidez en la Sinagoga, y que fué en

alguna manera invulnerable á los golpes de sus verdugos. Pero si el Apóstol San Pablo pregunta, cuál será la sociedad que podrá tener el fiel con el infiel, ¿no temeremos ser excluidos de esta asociación si no tenemos una vigilancia continua, un fervor habitual, y una dulzura inalterable, de manera que los pobres encuentren en nosotros un recurso, los afligidos un consuelo, los enemigos un intercesor, y todos los Cristianos un dechado?

Deseamos participar de la gloria de San Mathías, de este Apóstol que ocupó el lugar del discípulo mas infiel de Jesu-Cristo, de este hombre justo que mereció el testimonio de todo el Colegio Apostólico, y el voto de Jesu-Cristo mismo, que se dignó presidir por su Espíritu á su eleccion, cuyos trabajos han sido para la Iglesia un manantial fecundo de Cristianos y de Mártires; pero su gloria no debe ser la herencia sino de los que como él se han unido inviolablemente con Jesu-Cristo; que han renunciado de corazon y de espíritu todo lo que los puede alejar de Jesu-Cristo; y que á su exemplo estan dispuestos á sacrifi-

car su vida para asegurar la gloria de Jesu-Cristo.

San Bernabé tambien es para nosotros un motivo nuevo de emulacion que la Iglesia nos presenta, y la parte que él tuvo en los trabajos del grande Apóstol, nos da una idea de sus virtudes y de su gloria, la mas propia para excitar nuestros deseos; pero él la compró al precio de sus afanes, de sus persecuciones y viages para el establecimiento del Evangelio; y nosotros apenas ponemos la mano en la obra de nuestra santificacion, y estamos muy léjos de tener valor y constancia para sufrir los tormentos que padeció este Santo, ántes bien quisieramos conseguir el cielo sin esfuerzo alguno.

Despues de los Apóstoles y de los Discípulos nos propone la Iglesia á San Ignacio uno de los primeros Obispos y de los Mártires mas célebres del mundo Cristiano, y nos presenta en su persona aquella firmeza sacerdotal que resiste la iniquidad y contradice el error: aquella intrepidez inalterable que constituye á un pastor el modelo y el padre de su Pueblo. Si queremos tener parte en su felicidad no debemos parti-

ecipar tambien de su sollicitud para llenar las obligaciones que nos unen con nuestros inferiores? ¿No debemos imitar su zelo, resistiendo á todo el que quiera contradecir la verdad? ¿No debemos practicar su humildad, haciéndonos como él todo para todos, con el fin de ganarlos para Jesu-Cristo?

San Alexandro, colocado en la Cátedra de San Pedro, heredero de las virtudes de este Santo Apóstol, como de su título y de su autoridad, es otro Santo que nos propone la Iglesia en esta oracion. Su milagrosa ordenacion, la sabiduría de su Episcopado, y la gloria de su martirio nos dicen, que debemos perseverar unidos con la fé á la Cátedra de San Pedro, y considerar siempre en el que la ocupa al Vicario de Jesu-Cristo, porque es el patron de la barca que ha escogido el Salvador con preferencia. Aquí deben reunirse todos los que han sido rescatados por la gracia de Jesu-Cristo, en la inteligencia que no tenemos derecho alguno á la gloria, si la sumision y la fé no nos unen á la Iglesia, que ha escogido el Salvador como centro de la unidad.

San Marcelino está en el orden de

los Sacerdotes, destinados por su vocacion á ofrecer el Sacrificio del Altar: de aquí ha sacado ese espíritu de Sacrificio que le ha hecho una víctima viva y un holocausto perfecto, y su nombre nos trae á la memoria la continua inmolacion que exige Dios de nosotros, por la qual de qualquier estado que seamos, qualquiera que sea nuestra clase y órden en la Iglesia, nos hacemos verdaderos Sacerdotes, gozamos de los derechos del Sacerdocio, adquirimos sus méritos, y podemos esperar las recompensas.

¡Qué rico y qué poderoso es Dios en sus Santos! La Iglesia nos recuerda esta consoladora verdad, escogiendo un modelo en el órden último de los Levitas. San Pedro, el Exòrcista, nos enseña con su exemplo que en todas las funciones de los diferentes órdenes de la gerarquía eclesiástica se encuentran medios poderosos para llegar á la santidad mas eminente, y caminar á la caridad mas perfecta, para que con estas virtudes no solo podamos ser escritos en los anales del siglo presente, sino tambien en el libro de la vida.

Esta verdad se hace todavía mas sen-

sible quando despues de los Apóstoles y de los Mártires, leemos los nombres de Santa Perpetua, y de Santa Felicidad, estas mugeres ilustres, que unidas por las relaciones de la sangre desde el instante de su nacimiento se unieron por la fé durante su vida, y que conserváron esta union en la muerte por la identidad de su martirio. Ellas supieron cumplir sus obligaciones domésticas, fueron buenas esposas, y amantes madres, sin faltar un ápice en lo que debian á su Dios; y despues de haber dado en sus casas el exemplo de mugeres verdaderamente fuertes, mostraron en los cadahalsos la intrepidez de los mas ilustres Mártires. ¿Será posible leer sus nombres, sin avergonzarnos de nuestra cobardía, y llevar una vida de placer y de conveniencias, sin llorar nuestros descuidos continuos en las obligaciones de nuestro estado, sin formar las resoluciones mas generosas para corregirnos?

Este catálogo edificante se acaba con los nombres de cinco Vírgenes que son Santa Agueda, Santa Lucia, Santa Ines, Santa Cecilia y Santa Anastasia. El sexô mas débil, y la edad mas tier-

na tienen tambien sus heroes, y Dios ha escogido defensores zelosos de su religion aun en las clases y estados mas flacos y enfermos, para que la carne no pueda ensalzarse contando con sus propias fuerzas, enseñándonos por estos medios que no debemos despreciar los socorros de su gracia, y prometernos con seguridad su proteccion y defensa, quando no nos exponemos al peligro por pura temeridad, y quando le rogamos con humildad y confianza.

¡ Ah ! si estuviésemos persuadidos de todas estas verdades quando dirigimos á Dios esta oracion, no temeríamos acabarla con estas palabras que la Iglesia pone en nuestra boca: *dignate dar-nos, Señor, alguna parte y compañía con tus Santos Apóstoles y Mártires, y con todos tus Santos.* Ya hemos dicho, Señor, que somos pecadores, nuestros propios méritos no son el fundamento de nuestra esperanza: si nos juzgais por la qualidad de pecadores, no podremos estar en vuestra presencia, y por esto hemos reclamado la muchedumbre de vuestras misericordias: concedednos un bien, á que no tene-

mos derecho alguno, y pues que cada uno de nosotros tiene en el cielo un protector especial, escuchad las oraciones de vuestros Santos: admitid la ofrenda que os hacen con nosotros del mismo Sacrificio: recibid la sangre de tantos Mártires unida á la de vuestro Hijo, como una Hostia de propiciacion, como una víctima de agradable olor, y como un holocausto perfecto. Esta es la gracia que os pedimos por Jesu-Cristo, la qual esperamos que nos concedereis por Jesu-Cristo, y os alabaremos con Jesu-Cristo en los siglos de los siglos. Así sea.

## INSTRUCCION

SOBRE

ESTAS PALABRAS

PER IPSUM.

EVANGELIO DE SAN JUAN,  
cap. I. vers. 3.

*Todas las cosas fueron hechas por él:  
y nada de lo que fué hecho se hizo sin él.*

ESTA verdad sea hace, hermanos míos, muy sensible, bien sea que miremos las operaciones del Verbo en el órden de la naturaleza, ó que las consideremos en el de la gracia. En el órden de la naturaleza Jesu-Cristo co-